

fieren el término *austrohúngaro*, esa palabra-fetiché que aparece, como un *Hitchcock* verbal, en todas sus películas, y que los autores utilizan con tino para referirse al último cineasta de una raza, al fin de una saga, al adiós de

un tipo de cine que pertenece definitivamente al pasado. Como el imperio austrohúngaro. —PABLO PÉREZ RUBIO.

Manuel Hidalgo y Juan Hernández Les, *El último austrohúngaro. Conversaciones con Berlanga*, Madrid, Alianza, 2020.

## El tiempo recobrado

AUNQUE fuera previsible (y lo que vendrá...), es tremenda la fuerza y, en cierto modo, la rapidez con la que la pandemia presente (y omnipresente) ha irrumpido en las mesas de nuestras librerías. A los previsiblenses ensayos sobre el tema, más o menos brillantes, o a las reflexiones generales sobre epidemias o virus, más o menos improvisadas y oportunistas, claramente irregulares en su autoexigencia..., ha habido ya alusiones extensas en novelas (como en la curiosa *Literatura*, de Daniel Remón), en libros testimoniales (como en el maravilloso *Lo que no se ve*, de Jesús Montiel) o en monografías sobre otros temas (como en el majestuoso *Madrid*, de Andrés Trapiello)... En cuanto a la poesía, aunque es de temer la caudalosa sobreproducción de versos que pueda haber producido el confinamiento de marzo-mayo de 2020: a lo extraordinario de la situación se unía la obligación de permanecer reclusos, desocupados en muchos casos..., y eso ha podido animar la literatura, «inspirar» masivamente...,

pero lo cierto es que el primer libro de poemas monográfico que hemos leído sobre el tema, *Primavera, año cero*, de José Mateos, es muy bueno, el mejor de su autor hasta hoy.

En cuanto a los diarios, todavía no había terminado el primer estado de alarma cuando, tan pronto como en mayo, la editorial Fórcola hizo suyas unas entradas de diario que Jordi Doce había ido publicando, primero en su blog y luego en *El Cuaderno Digital*, bajo el título de *La vida en suspenso*: absolutamente nada que objetar a la «prisa», pues el libro era bueno, y todo lo que allí se leía estaba, claro, condicionado por la pandemia, pero no era un libro sobre la pandemia, sino un testimonio de ese «paréntesis», de ese tiempo extraño, de ese espacio vacío... al que todos asistimos hace un año.

Ahora, la misma editorial insiste en la publicación de esas crónicas personales, que vienen coloreadas (o agrisadas) por la experiencia colectiva, y que coinciden en insinuar algo así como una conquista del tiempo: cada uno lo sobrellevó como pudo, al-

gunos con ansiedad trágica o en circunstancias muy adversas, pero en esos meses de reclusión todos tuvimos por fin la oportunidad de «detener las máquinas», de serenar la actividad externa, tan a menudo frenética o estresante, y hacer un poco de balance. Eran, realmente, meses propicios a la cavilación y, por tanto, a la escritura. Y lo que le salió al poeta, aforista y editor Miguel Ángel Arcas (Granada, 1956), enclaustrado en su pequeño piso de la avenue de Choisy, es, esencialmente, un libro de amor.

Un libro de amor directo a Roberta, su mujer, con la que compartió ese encierro, pero también, desde la distancia (desde las distancias...), a su hijo, y a su padre y a su hermano... Son amores teñidos de culpa, de mala conciencia, cada cual por sus motivos, pero Arcas hace balance y les escribe cartas en su cuaderno personal, se dirige a ellos al meditar sobre su propia vida, intenta poner orden en sus afectos, ordenar prioridades, saldar cuentas, dejarlo todo en paz.

Arcas es un tipo singular: tiene ese envidiable ritmo de quien se prohíbe apresurarse, se obliga a hacer las cosas bien (cualquiera que haya visto un libro de su editorial, Cuadernos del Vigiá, sabe el cariño que invierte en cada uno de ellos, un cariño que sólo se consigue dedicando tiempo sin ahorrar y sin correr), puede dedicar días a meditar sobre un sintagma en un poema leído o sobre un dato científico recién descubierto. Sereno y, a su modo, estoico, inalterable aunque a veces leamos cómo se altera..., las cosas no le afectan demasiado, pero eso no quiere decir que sea indiferente a

ellas; no: las observa y las piensa una a una, las analiza despacio, escribe sobre ello cuando tiene algo que aportar. A veces la pereza vence a la curiosidad, y se cae en cierto desánimo, pero eso nos ocurrió a todos, y sin todo ello su narración no estaría completa, no sería tan real ni tan creíble. Y es cierto eso de que «la tristeza tiene más capacidad que la decepción o la violencia para destruir a un ser humano».

De todo ello sale este libro, original y reconfortante. «Escribir es hacer de la vida algo verdadero», afirma, casi como un lema, y es cierto que parece que todo aquello que no se registra de algún modo se perderá enseguida por el inflexible desagüe del tiempo, aunque «últimamente el tiempo se ha venido a vivir con nosotros». El cuaderno está lleno de intuiciones exactas (ver, por ejemplo, la que salta de la página 77 a la 78), de brochazos atinadísimos, de hallazgos buenos y bien escritos. A cambio, cosas como la sopa de letras de la página 105 es algo que perdió su gracia y su vigencia literaria hace muchas décadas (pero, en fin, de algún modo puede hablarnos también de la ociosidad que pudieron llegar a traer los meses de domesticidad), y desde luego es un error ceder toda una página (la 84) a reproducir una fea y además muy poco inspirada broma ajena, no tanto por el hecho de dejar espacio a otros (algo en principio generoso), sino por la impecable puntería a la hora de elegir a quién se la cede: imposible elegir y aplaudir a alguien más indigno.

Con todo, este libro cumple aquel ideal teórico del diario, del libro personal, del cuaderno de notas miscelá-

neas: lo que parece una crónica parcial, ceñida a un tiempo o a una experiencia, en realidad, como quien no quiere la cosa, deja testimonio cabal de la mirada y la sensibilidad de quien escribe, el libro anecdótico deviene libro total, una reflexión en perspectiva, una puesta al día de sus asuntos no sólo presentes sino gene-

rales, no sólo actuales o acuciantes sino remotos. Qué curioso, y qué aleccionador: el libro de un confinamiento, el libro de unos meses insólitos en los que todo se detuvo, resulta ser el libro de una vida. —JUAN MARQUÉS.

Miguel Ángel Arcas, *Cuaderno de Choisy*, prólogo de Eloy Tizón, Madrid, Fórcola, 2021.

## Ignorancia de lo cotidiano

**L**EER a Juan Villalba siempre resulta didáctico y ameno. Seguramente ahí radica el aprecio —casi devoción— que le profesan sus alumnos y, sobre todo, exalumnos en los que el paso del tiempo ha ido depurando los sentimientos y, una vez liberados de la presión de los exámenes y la evaluación de conocimientos, pueden reconocer con objetividad el poso de sus enseñanzas. A pesar de estos antecedentes, reconozco que me acerqué a su último trabajo con ciertas reticencias, derivadas de la propia introducción del libro donde se presenta como el resultado de «un encargo para elaborar una especie de guía de Teruel». La pregunta suspicaz resultaba inevitable: ¿qué puede tener de novedoso o sorprendente un libro sobre la ciudad para alguien nacido y afincado en la misma, prácticamente a lo largo de toda su vida?

El error nació del hecho de juzgar la obra como una guía turística

al uso, sospechosa de ser una recopilación más de lugares y edificios emblemáticos, en los que la breve introducción histórica y su correspondiente descripción artística vendrían acompañadas de alguna anécdota curiosa que pudiese llamar la atención al lector para distinguirla entre las decenas de catedrales, palacios y museos que, inevitablemente, terminarán mezclándose y confundiéndose en la abarrotada memoria del viajero. Si a esta aventurada sospecha le añadimos unas dosis de vanidad autóctona, nacida de la convicción de que poco o nada nos queda por saber de nuestros escenarios cotidianos, quedan justificadas mis precauciones a la hora de callejear por sus páginas.

El libro, estructurado en una serie de paseos por la ciudad protagonizados por un viajero ficticio, inusualmente bien informado, y su guía, que servirá de apoyo para el intercambio de opiniones o la confrontación de versiones históricas, se abre con una